

Astros y Constelaciones

ADOLFO CASTAÑO

Afirmando que *Joseph Beuys* —Krefeld 1921-Dusseldorf 1986— es el segundo genio declarado y cantado que ha visto este siglo; el otro fue Picasso, y aún hay algunos más de menor brillo pero no menor eficacia y calidad. Esta es mi valoración que puede ser discutida, rebajada al rango de talento, tras una dura dialéctica en la que Beuys nunca será perdedor. Y en esta dialéctica lo que sí puede exigirse al interlocutor por quien hace la propuesta "Beuys es un genio", es esa capacidad imprescindible para ver el arte, esa actitud que carece de prejuicios, de posturas "a priori", de limitaciones académicas o humanas.

Para mirar y ver a Beuys es imprescindible la experiencia de saberse vivo, también el sentimiento de estar vivo en medio de un mundo vivo, igualmente la capacidad de percibir en lo real lo maravilloso, ese universo que se puede añadir al mundo real sin atentar contra él ni destruir su coherencia. Lo maravilloso, es decir, lo poético.

Beuys, en vida, ha sido un personaje continuamente controvertido. Ensalzado, investigado para precisar las fuentes de su arte, que él trascendía continuamente, esforzándose en sacudirse

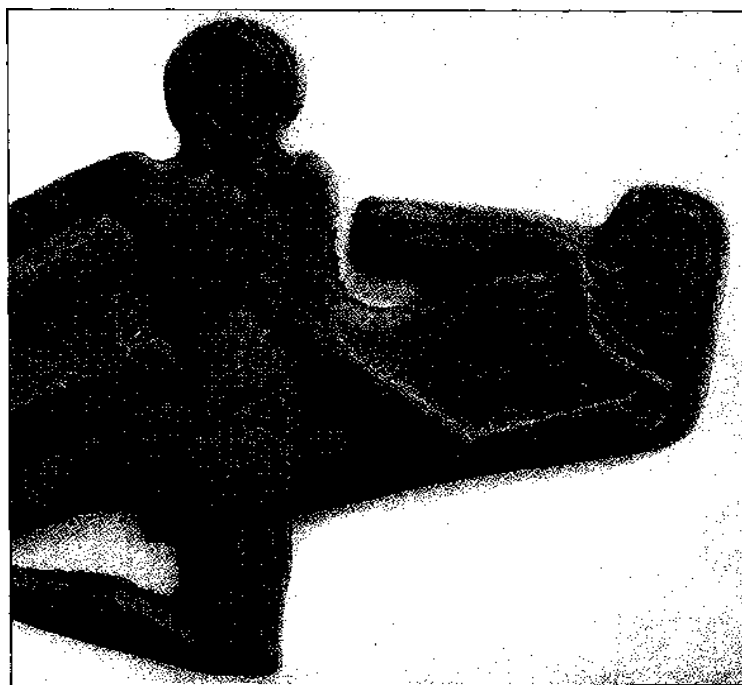
ARTE

cualquier calificativo mostrando la más lúcida de las actitudes. A pesar de ello el personaje se comió muchas veces al artista, ahogando el personaje, sus dichos, sus actitudes, la fuerza, la plasticidad, que habla callada pero patente desde su obra.

Hoy, ahora, cuando vuelvo a ver su trabajo sin personaje interpuesto, las antaño calidades se convierten en piezas de asombro y certeza. Beuys no es

era escultura invisible—, tampoco es un dibujante al uso, pues sus dibujos son formas que nacen en su pensamiento. Beuys es un artista que manejando materiales concretos que muchas veces, casi siempre, le llegan de situaciones humanas anteriores, que poco o nada parecen tener en común con lo artístico —véanse sus instalaciones, sus vitrinas—, altera sus posiciones habituales, y fabrica con ellos, dándoles un giro de 90,180 ó 360 grados, calculado sabiamente, una nueva significación del espacio y de los objetos.

Beuys no necesita teorías —aunque las tenga— que expliquen



"Pieta", escultura de hierro fundido

los cómo y porqué de su trabajo. Su trabajo es enteramente visual, plástico, en él resplandece todo cuanto los pasos del arte han ido descubriendo y ha ido reinventando, a partir de la realidad mínima, trivial o importante, que rueda constantemente sobre la superficie del mundo.

Entre Beuys, que ya está instalado en el MEAC, y Lucian Freud, que se instala seguidamente, repartidos por nuestra piel artística, hay varios astros que han lucido y lucen con luz propia. Joan Brossa es uno de ellos. *Joan Brossa* (Barcelona 1919), se define como "inventor de estrategias" y creo que su frase es precisa y elusiva. Precisa porque no crea de la nada, sino que inventa a partir de los contenidos poéticos que se entretajan en el entramado de la realidad, y porque con su estrategia imperial pone cerco y rinde ante nuestros ojos, corporalmente, la posible poesía que contiene el objeto. Elusiva porque huye de clasificaciones aunque las haya para él como "poeta visual" que puedan encerrar, limitar, su quehacer que quiere libre de cualquier atadura. No veo, en las imágenes que irisa la cera virgen, el paso hacia adelante que la crítica advierte en los últimos trabajos de *José María Sicilia* (Madrid, 1955). Sí veo, como es natural en él, sus cualidades plásticas. Pero esta es una opinión flaca, desnutrida. Quizá sea incapaz de percibir el espacio elíptico con que intenta cautivarme su autor, y que me obliga a acentuar la



"Retrato de Hans Heinrich", 1982, de Lucian Freud.

ambigüedad visual que se crea entre obra y espectador. Pese a mi defectuosa percepción, el público, que no suele equivocarse, invade la sala a cualquier hora del día.

«Entre Beuys, que ya está instalado en el MEAC, y Lucian Freud, que se instala seguidamente, repartidos por nuestra piel artística, hay varios astros que han lucido y lucen con luz propia. Joan Brossa es uno de ellos.»

on luz propia lucen también Antoni Clavé, Franz Kline, Joaquín Ramo, Isamu Noguchi, Esteban Vicente, Cirilo Martínez Novillo, José Guerrero y Lucian Freud —con la excepción de Kline y Noguchin que desaparecieron— embarcados en la generosidad de la segunda y definitiva madurez (sé que el término "definitivo" es antipático pero en este caso significa elogio).

Lucian Freud (Berlín 1922) amigo de Francis Bacon, es junto con él, Franck Auerbach, David Hockney y Ron B. Kitaj, quizá el más grande representante de la figuración inglesa, y siempre el más sorprendente. Lejos de la disolución a que somete Bacon sus personajes, Freud acentúa su carnalidad, su corporeidad, hasta extremos insoportables. "Quiero que la pintura se convierta en carne... que mis personajes no se parezcan al modelo, que sean el mismo modelo". Y esto lo consigue con una pintura de impulso salvaje, clarificada por notables y sucesivas influencias: Géricault, Constable, Chardin, Vuillard, Rembrandt y Goya. Freud refleja muy bien las tensiones que desata en el espectador el desnudo humano, desnudo que no se limita a expresar desnudamente, sino que atraviesa los vestidos y los trajes, se *agazapa para* surgir también desde la composición de los rostros y las actitudes. ¿La sorpresa que llevan consigo estas sesenta pinturas que Lucian Freud, nieto del inventor del psicoanálisis, ha compuesto entre 1947 y 1993, será reveladora?